

**EDICIONES
IDEALES**



**50
cts**

**WALLACE
BEERY
RICARDO
CORTEZ**

CARNE

**KARLEY
MORLEY
JEAN
HERSHOLT**

EDICIONES IDEALES
— DE —

La Novela Semanal Cinematográfica

(Publicación semanal
de argumentos selectos)

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis Ediciones BISTAGNE BARCELONA

AÑO I

Número 23

CARNE

Magnífico asunto, de gran interés, interpretado por
WALLACE BEERY, KAREN MORLEY, RICARDO
CORTEZ, JEAN HERSHOLT. etc.

Dirección de JOHN FORD

Es un film de la famosa marca
Metro-Goldwyn-Mayer



Distribuido por
METRO-GOLDWYN-MAYER
IBERICA, S. A.
Mallorca, 201 — BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

CARNE

Argumento de la película

I

Laura fué llamada a la dirección y el director le dijo:

—He recibido orden de ponerla en libertad.

Fué una gran alegría para Laura. Las paredes de aquella cárcel se le caían encima.

Pero había para ella algo que valía más que la libertad.

Por eso preguntó en seguida:

—¿Y él?

—¿Quién?

—Nick.

—Nick se queda.

El semblante de Laura se entristeció.

—Conténtese con que la dejen salir a usted—dijo el director en tono de reproche, como si el mero hecho de nombrar a Nick fuera una falta.

Después se suavizó su voz y su semblante:

—Regrese a América — le aconsejó—. Allí, en su país, debe de tener amigos y parientes.

—No quiero regresar a América—repuso Laura con enérgica resolución—. No quiero oír sermones. Me quedaré en Europa. Se-

DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de
Librería, Diarios, Revistas y
Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16
Madrid: Evaristo San Miguel, 11

MPRENTA INDUSTRIAL

Aribau, 155

Teléfono 76507

uiré luchando. Los parientes no quieren nada con una cuando una nada puede darles.

El director se encogió de hombros.

—Habla en interés de usted.

—Lo reconozco y le doy las gracias.

Salió Laura de la cárcel.

No era feliz, no experimentó ninguna alegría. Nick se había quedado y ella sin Nick no era nada.

¡Le amaba tanto! ¡Era tal la ceguera que tenía por él!

¡Oh, si Nick hubiera salido con ella! ¡Qué distinto sería todo! ¡Cómo saborearía aquella libertad!

En cambio, ahora, incluso la asustaba. Sola. Sin la compañía de Nick se sentía cobarde. ¿Qué hacer? No tenía un céntimo. Ella había hablado de lucha. Pero ¿cómo luchar cuádruple faltan las fuerzas? ¿Adónde ir? ¿Qué hacer?

Se acordó de pronto de Joe... Joe era un canalla. Los había engañado a los dos. Pero era el único amigo que tenía en aquel país extranjero y habría de recurrir a él.

Entró en la cabina de un teléfono público. Logró comunicar con Joe.

—Soy Laura Nash.

Un momento de silencio. La sorpresa. Después, una pregunta desconfiada.

—¡Hola! ¿Qué es de tu vida?

—Acabo de salir de la cárcel. Nick se ha quedado. Has de ayudarme a que lo pongan en libertad.

Silencio.

—Tú te quedaste con el dinero y a nosotros nos encarcelaron —dijo Laura con agrio tono—. Necesito verte en seguida... esta misma noche.

—Está bien. Te esperaré en la cervecería de Kaiserhoff.

—Te esperaré cenando porque estoy que no puedo tenerme. Y trae dinero. No tengo un céntimo.

—Bueno, bueno. Hasta luego.

* * *

La cervecería de Kaiserhoff era una de las más famosas y típicas de la ciudad.

En una de las salas había un ring donde se celebraban todas las noches encuentros de lucha libre.

Aquella noche luchaba Polakai contra un extranjero que había llegado a la población en plan de invencible y que se había permitido decir en la cervecería que él vencería a Polakai en cinco segundos.

Polakai era el ídolo de la cervecería.

Y además prestaba en ella servicios como camarero.

La sala donde iba a celebrarse la lucha estaba rebosante de público, que tomaba cerveza sin cesar.

Era un correr continuo de espuma y un río de dinero que desembocaba en la caja.

Cuando apareció Polakai fué acogido con una ovación clamorosa.

Todos lo llamaban, todos lo tocaban y zarandeaban como cosa propia.

Y Polakai tenía para todos una palmada de afecto o una palabra cordial.

Polakai era un hombrón rudo y atlético, tan feo como simpático y tan noble como fuerte. Siempre estaba contento. Era, por decirlo así, la estrella, el gran atractivo de la cervecería Kaiserhoff.

Entre los gritos de la multitud empezó el combate.

El extranjero se abalanzó sobre Polakai decidido a vencerle en un dos por tres, pero el ídolo paró hábilmente la embestida de un puñetazo.

Retrocedió el rival, aturrido por el golpe y sorprendido por su formidable potencia. Polakai se echó a reír y el público coreó aquella risa con entusiasmo.

Comprendió el otro que estaba perdido y desde aquel momento sólo se preocupó de defenderse. Pero no pudo evitar que al fin las manazas de Polakai le cogieran por la cintura, le levantaran y lo arrojaran al suelo.

taran como un pelele a pesar de su centenar de quilos, y le arrojaron contra el tablado con formidable estrépito.

Las espaldas del extranjero quedaron adosadas a las tablas y no se movieron de allí.

Polakai, como de costumbre, había vencido, y como de costumbre también, recibió una clamorosa ovación de los clientes que llenaban la cervecería y que habían ido allí sólo por verle luchar.

II

Cogió Polakai un barril de cerveza, se lo echó a cuestas como quien levanta una pluma y empezó a llenar los vasos de los clientes.

Nadie rechazaba aquel nuevo gasto que les imponía la simpatía de Polakai.

Y para que no hubiera confusiones el dueño iba detrás cobrando.

Así llegó Polakai hasta la solitaria mesa donde se hallaba Laura cenando.

—¿Un poco de cerveza? —preguntó.

Ella alzó un momento el rostro.

—No, no quiero cerveza —repuso ásperamente.

“Está de mal humor”, se dijo Polakai retirándose discretamente.

Y después se dijo:

“¡Qué bonita es!”

En las dos cosas tenía razón Polakai. Laura estaba de muy mal humor, tanto que le hubiera sido imposible mostrarse amable. Y Laura era muy bella. Tenía un cabello tan rubio como el oro y unos ojos tan azules como el cielo.

A Polakai le pareció una muñeca, una niñita, algo sumamente frágil y delicado que no se habría atrevido a tocar con sus manazas de gigante.

Retiróse el luchador y reapareció vestido de camarero. Entonces ya había terminado Laura de cenar y ya había comprendido que Joe no comparecería. La había engañado, siguiendo un sistema que muchas veces había puesto en práctica.

Y como se acercaba la hora de cerrar y le presentaron la cuenta, Laura no tuvo más remedio que confesar que no tenía dinero.

Un colega de Polakai fué el que recibió la noticia y se apresuró a transmitirla al señor Herman, el dueño de la cervecería, el cual empezó a vociferar desaforadamente.

—Pagaré mañana —dijo Laura en son de súplica.

—¡Quiá! ¡Ha de pagar ahora mismo! ¡Y si no paga llamaré a la policía!

Se deshizo en súplicas.

Pero Herman se mostraba inexorable.

La cogió de un brazo y se la llevó, sin duda para ponerla en sitio seguro hasta que llegaran los agentes.

Y en su camino se encontraron con Polakai, el cual, al ver la cara de dolor que tenía Laura, preguntó al dueño de la cervecería:

—¿Qué sucede?

—Esta joven que, con toda la frescura del mundo, se ha puesto a cenar sin dinero.

—Con frescura, no; con hambre —dijo Laura para defenderse—. Estaba hambrienta.

—Pues ahora no le faltará la comida. En la cárcel dan de comer todos los días a los “huéspedes”.

—Déjela, señor Herman —dijo Polakai—. Yo pagaré la cuenta de esta señorita.

—¿Tú?

—Sí. Yo.

Se apresuró a soltarla.

Instantáneamente desapareció la hostilidad que rodeaba a la joven, la cual se vió envuelta de atenciones y amabilidades.

Ser amiga de Polakai significaba mucho en aquel establecimiento.

Laura miró con curiosidad al hercúleo luchador.

¿Por qué había tenido aquel rasgo con ella?

“Sin duda por lo que todos los hombres son amables con las mujeres”, se dijo.

Y entonces disminuyó mucho su gratitud hacia Polakai.

“Espera cobrarse algún día. Todos son iguales.”

Como no tenía dónde ir, volvió a su mesa y allí estuvo hasta que cerraron.

Entonces salió a la calle.

Se detuvo sin saber qué dirección tomar. Y de súbito oyó que una voz le preguntaba:

—¿Quiere que la acompañe a su casa?

Se volvió. Era Polakai.

—No puede ser, porque no tengo casa—repuso Laura con la mayor naturalidad.

—De veras no tiene dónde dormir?

—De veras.

—Yo vivo aquí mismo, en el café. Arriba hay espacio para usted. Puede dormir en mi casa.

La ingenua e inocente proposición de Polakai fué interpretada torcidamente por Laura. No podía ser de otro modo. Polakai era algo extraordinario: un corazón sensible, un alma infantil en un corpachón de gigante. Laura, inspirada por su amarga experiencia, no podía creer que hubiera en el mundo un hombre capaz de hacer una oferta desinteresada a una mujer en las circunstancias en que ella se encontraba. Y menos aún cuando aquella oferta era la de dormir en su casa.

Laura le miró como diciendo: “Ya sabía yo que pretendierías cobrarte.”

Y dió media vuelta y se alejó sin despedirse de Polakai.

Pero venía un policía en dirección contraria, y Laura volvió atrás.

Todo antes que encontrarse con él.

—¿Lo ha pensado usted mejor?—preguntó el atleta.

—He pensado que todo es preferible a que me lleven detenida. Los policías piensan siempre mal. Una mujer sola a media noche no puede, a juicio de ellos, llevar ninguna buena intención.

—Es verdad. Pero a mi lado no tiene nada que temer.

—Más vale así—repuso Laura incrédulamente.

—Venga conmigo. Podrá dormir y estar tranquila hasta mañana.

—Vamos.

III

La habitación que tenía Polakai en el piso de la cervecería estaba bastante desordenada.

—¿Qué le parece mi palacio?—preguntó el luchador.

—Si he de decirle la verdad, no es un modelo de orden.

—Eso tiene remedio.

Y Polakai empezó a quitar todos los objetos y prendas de vestir que estaban por en medio y a ocultarlos detrás, debajo o encima de los muebles.

—¿Y ahora? ¿Qué le parece?

—Que jamás he visto arreglar una habitación tan rápidamente.

—Supongo que nada le molestará para dormir. Mi cama es bastante cómoda.

—¿Su cama? La necesita para usted.

—No. Dormiré fuera, en un sofá.

Laura le miró escrutadoramente. Empezaba a comprender que en aquel pecho poderoso se encerraba un corazón de niño.

Pero otra vez volvió a dominarla la desconfianza.

Nada más fácil para Polakai que entrar cuando ella estuviera dormida.

—¿Tendré que luchar por defender mi honor?—preguntó la joven.

—Nada de eso—repuso Polakai—. Aquí hay una hermosa llave. Para estar a salvo de todo peligro no tiene más que dar una vuelta. Así, ¿Ve usted?

Dió la vuelta a la llave, la quitó y tiró de la puerta para demostrar que no podía abrirse.

—Bien. Gracias.

Laura estaba ya convencida de que Polakai era un bendito.

Un alma de Dios que se había enamorado de ella. ¡Pobre Polakai! ¡Si el supiera que su corazón pertenecía por entero a otro hombre! ¡Si él supiera que ella adoraba a Nick hasta la locura, hasta el delirio!

—Ahora a dormir—dijo Polakai volviendo a introducir la llave en la cerradura para abrir la puerta y marcharse.

Pero he aquí que entonces la llave se empeñó en no girar y la puerta no se abría.

—¿Ha sido un truco para quedarse aquí?—preguntó Laura entregándose a la desconfianza nuevamente.

—¡Oh! Le aseguro...

Pero la puerta no se abría.

Entonces Polakai, ni corto ni perezoso, la emprendió a puñetazos con un entrepaño y lo hizo saltar hecho astillas.

Sonrió satisfecho de su hazaña y después de entregar a Laura la llave, salió por el boquete.

Y he aquí que entonces Laura abrió la puerta sin el menor esfuerzo.

Los dos se echaron a reír.

Y la joven se dijo:

—No me cabe duda. Este hombre es un bendito de Dios.

* * *

A la mañana siguiente se produjo una violenta escena en el piso de la cervecería.

La señora de Herman, al ver a Polakai durmiendo en un sofá, al ver que la puerta estaba rota, al ver que en el dormitorio se hallaba la americana que la noche anterior no había podido pagar la cena, puso al corriente de todo a su marido.

—¡Esto es una casa decente!—exclamó el señor Herman indignado—, y no toleraré que nadie la profane.

—Por supuesto, Polakai no tiene culpa de nada. Es esa mujeruca...

—Desde luego. Ya decía yo que esa americana me daba mala espina. Hemos de librar al pobre Polakai del peligro en que se encuentra.

Se dirigieron a la habitación del luchador y empezó la danza.

La señora de Herman se mostraba especialmente chillona. Habló de la moral, de las buenas costumbres.

—¡Esta casa ha de ser respetada por todo el mundo!

—Le aseguro a usted—dijo Polakai—que aquí no ha ocurrido nada que roce la moral de lejos ni de cerca.

—¿No?—exclamó la señora de Herman con sarcasmo—. Entonces, ¿qué significa el destrozo de esa puerta? ¿No quiere decir que Polakai ha usado de su fuerza para deslizarse a media noche en su habitación?

—No, señora. Polakai rompió la puerta para salir.

—A otra con ese cuento! Sepa usted, señorita, que está de más en esta casa.

—Estaba preparándome para marcharme.

Pero Polakai declaró:

—Si esta señorita no puede estar aquí, yo me marcho con ella. Sensación.

—¿Qué iba a ser de aquella casa sin Polakai?

—No hay que tomarlo así—dijo el señor Herman, conciliador.

—Todo puede arreglarse—declaró la dueña, con un asomo de amabilidad—. Con que esta señorita duerma en otra habitación, asunto concluído.

—Eso mismo estaba pensando yo—aseguró Herman.

—Entonces, todo está arreglado—declaró Polakai alegremente.

Y así fué cómo Laura se quedó definitivamente al lado de aquel hombre que la adoraba.

IV

—Su porvenir está en América, Polakai—le había dicho un día Laura—. Allí es donde se hacen campeones del mundo.

—Pero en América hablan un idioma que yo no entiendo.

—Eso es lo de menos. Yo le daré lección de inglés. Con que aprenda lo necesario para entenderse, le basta. Será su *manager* y no usted el que haya de hacer los tratos.

Y desde aquel día Laura dió lecciones de inglés a Polakai.

Este estaba cada vez más enamorado de ella. Pero no se atrevía a decírselo. Se le trababa la lengua en el momento decisivo. Su emoción era tan profunda cuando estaba cerca de ella, que todo lo que podía hacer era contemplarla y adorarla en silencio, con una especie de dulce misticismo.

Un día, los señores de Herman dieron a Polakai una gran noticia.

Habían vendido la cervecería y se marchaban a América. Los nuevos dueños se habían comprometido a no despedir a nadie y a que todo continuara igual.

—¡América! — exclamó Polakai soñadoramente—. Es posible que algún día nos encontremos allí. Hoy, como despedida, almorzaremos juntos en el “Millhauser”.

—Demasiado aristocrático—objetó la señora de Herman—. Cuesta un ojo de la cara.

—No se preocupen. Pago yo. He ahorrado bastante dinero desde que estoy en esta casa. Miren.

Se fué a una pequeña caja fuerte que estaba empotrada en la pared. La abrió y sacó de ella varios fajos de billetes.

—Con cuatro o cinco de éstos tendremos más que suficiente para almorzar en “Millhauser” y dar después una vuelta por el lago.

Todos estaban asombrados. No podían imaginarse que Polakai tuviera tanto dinero.

En Laura el asombro llegaba a la estupefacción. El que la amaba era algo más que un humilde mozo de café.

Fueron a almorzar al restaurante de lujo y después pasearon por el lago en dos barcas.

Una de ellas la tripulaba la señora de Herman y Polakai; en la otra iban Laura y el señor Herman.

Este, decidido a corresponder a las amabilidades y a la noble amistad de Polakai, decidió declararse por él a Laura.

Y ésta, dominada por una extraña emoción, dijo que estaba dispuesta a casarse con Polakai si él lo deseaba verdaderamente.

Cuando el luchador se enteró por Herman de que su problema sentimental estaba solucionado satisfactoriamente, creyó morir de alegría. Quiso decir algo, pero no pudo. Se atragantó. Una lágrima apuntó en sus ojos. Después de una lucha tremenda consiguió exclamar con voz entrecortada:

—¡Laura!... ¡Qué feliz soy!...

* * *

Polakai no podía conciliar el sueño.

Una dicha demasiado grande desvela tanto como una tribulación demasiado desgarradora.

Y en aquella pugna se hallaba, pasando del sueño al despertar y del despertar al sueño, sin conseguir quedarse definitivamente a un lado y a otro del lindero, cuando le pareció oír un ruido, unos pasos cautelosos. Aguzó el oído y percibió nuevos crujidos, nuevos frotamientos.

Entonces encendió la luz y lo que vió llenó su alma de dolor y de sorpresa.

—¡Laura!

Sí, era Laura. Allí estaba la joven, vestida con su traje de calle como para marcharse en seguida. Allí estaba, con los fajos de billetes en una mano y en la otra la puertecilla de la caja fuerte para cerrarla.

No había duda posible respecto a las intenciones de Laura.

Estaba tan asombrado, que no sabía qué decir.

Laura parecía haberse quitado una careta y mostraba un rostro frío, indiferente, cínico.

—Sí. He venido a robarle. Haga usted lo que quiera.

—¿A robarme?... No comprendo... ¿Acaso no es para usted todo lo que tengo yo?

Ante aquella noble respuesta, Laura sintió una especie de asco contra sí misma.

—¡Hace usted mal en ser tan generoso con una persona tan ingrata!

Y de pronto acudió a su mente una idea. Como todas cuantas Laura tenía, relacionada con su amor hacia Nick, con aquella pasión cegadora que la absorbía.

Las palabras de Polakai le habían demostrado que no necesitaba de la violencia para obtener lo que ella anhelaba.

Y mintió:

—Polakai, voy a explicarle por qué he hecho esto. Tengo un hermano en la cárcel. Hace falta una fianza para ponerlo en libertad. Es inocente y no puedo soportar la idea de que sin culpa sufra en la soledad de un calabozo.

—¿Por qué no lo dijo antes? Ya estaría su hermano en libertad.

—¡Oh, Polakai! ¿De veras está dispuesto a ayudarme?

—Mañana habrá recuperado la libertad su hermano.

Laura temblaba de emoción y de alegría.

—¡Gracias, Polakai! ¡Cuánto le debo!

V

En efecto, a la mañana siguiente, cuando ya los señores de Herman se habían marchado, un coche se detuvo ante la cervecería y de él descendieron Polakai y Nick.

Nick era un hombre joven, de figura arrogante y mirada sorda.

Mientras Polakai iba a preparar el desayuno, Nick y Laura quedaron a solas.

—¡Por fin, amor mío!—exclamó ella arrojándose en sus brazos.

El no mostró gran entusiasmo ante tanta vehemencia.

—¿Qué significa eso de que soy hermano tuyos? Todo el camino he venido diciendo que sí a cuanto me decía Polakai. Era el único modo de no hacerte quedar mal.

Entonces Laura, en dos palabras, le explicó todo lo ocurrido desde que saliera de la cárcel.

—¡Caramba!—exclamó Nick—. ¡Pues ha sido una suerte que te encontraras con este hombre!

Después de tomar el desayuno los dos "hermanos" volvieron a quedar solos.

Nick estaba muy repantigado en un sillón, fumándose un puro que le había dado Polakai.

—¿Sabes que no está mal esta casa, querida?

—Polakai es demasiado bueno. Es un crimen que le siga engañando. Esta misma noche nos marcharemos.

—¿A qué tanta prisa?

—¿No comprendes que quiere casarse conmigo y que cada vez me va siendo más difícil dar largas a la boda?

—¡Vaya un problema!

Ella le miró fijamente.

—Me parece leer algo monstruoso en tu pensamiento, Nick. ¿Serás capaz de consentir que me case con otro?

—Pero ¿con qué dinero nos vamos a marchar?—replicó Nick evasivamente.

—Polakai nos hará un préstamo.

—No puedo consentir que te sacrifiques. Se te ha presentado una oportunidad y debes aprovecharla.

—¡Oh, Nick!—exclamó Laura amargamente—. Yo no puedo separarme de ti. Yo no puedo ser de nadie. Has de saber que si salí de la cárcel tan pronto fué porque no querían que allí nazcan niños.

Creía haber empleado el supremo argumento y se encontró con que con aquella confesión sólo consiguió acabar de ahuyentar a Nick.

—¡Pues vaya una noticia! Eso sí que es una complicación.

—¡Oh, Nick! ¿Ni siquiera la idea de tener un hijo te hace cambiar?

—Buenos estamos nosotros para tenernos que preocupar de un bebé.

—Por eso no te preocupes. Lucharé, haré lo necesario para que el niño no carezca de nada.

—¿Luchar? ¿Cómo? ¿Bailando? Eso se acabó para mí. No quiero volver a ser bailarín.

Entonces exclamó Laura desesperada:

—¡Nick, no me dejes ahora! Si te burlaras de mi después de lo que he hecho por salvarte, no sé lo que haría.

Al ver a Laura dispuesta a todo, Nick cambió de actitud.

No quería nuevas complicaciones. Sabía que una mujer enamorada y engañada es capaz de todas las atrocidades.

—¡Bueno, mujer, bueno! No te pongas así. Nos iremos donde quieras. ¿Dices que Polakai nos prestará dinero?

—Estoy segura.

—Está bien. Yo me entenderé con él. Tenlo todo listo para esta noche.

Y al anochecer buscó a Polakai en la cervecería y le contó un cuento. Su madre estaba enferma. Necesitaba acudir a su lado inmediatamente.

—No quiero que Laura venga conmigo porque para eso habría de separarla de ti. Iré yo solo. Daré frecuentes noticias a Laura acerca de lo que ocurra. Su sitio está aquí, a tu lado.

—Me parece muy bien, Nick. ¿Necesitas algo?

—Sí, para el viaje. Unos mil quinientos marcos.

Polakai los pidió en la caja de la cervecería y **se los entregó** a Nick.

Este se los guardó en seguida.

—Gracias, Polakai. Me voy. Tengo el tiempo justo para tomar el tren de Hamburgo. Allí me embarcaré para América.

Se estrecharon la mano.

—¿No subes a despedirte de Laura?

—No. Se volvería a echar a llorar y estoy harto de lagrimitas. A tí te la confío. Cuídala bien.

—Puedes estar tranquilo. En seguida que llegues, danos noticias de tu madre.

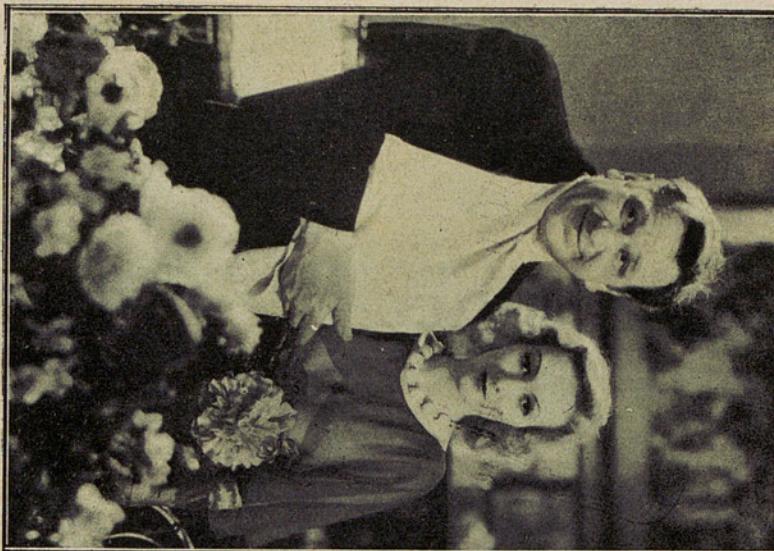
—Así lo haré.



—Venga conmigo. Podrá dormir y estar tranquila hasta mañana



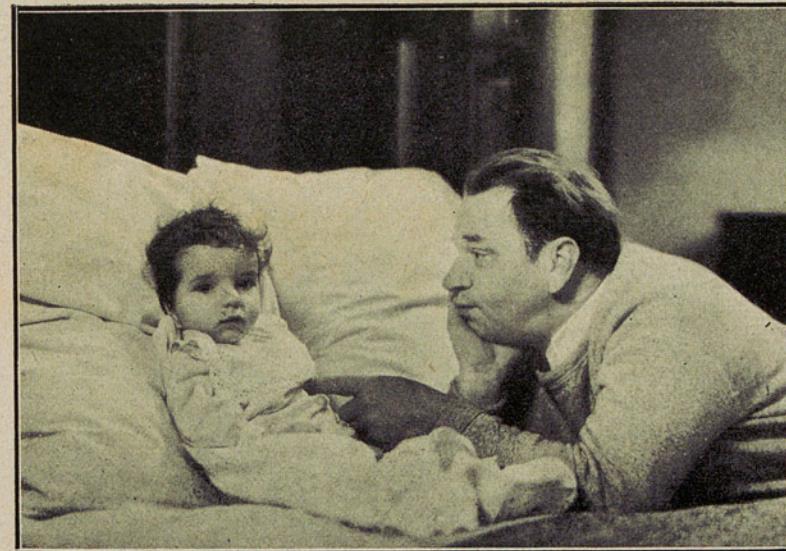
—¿Puedo ver al niño?



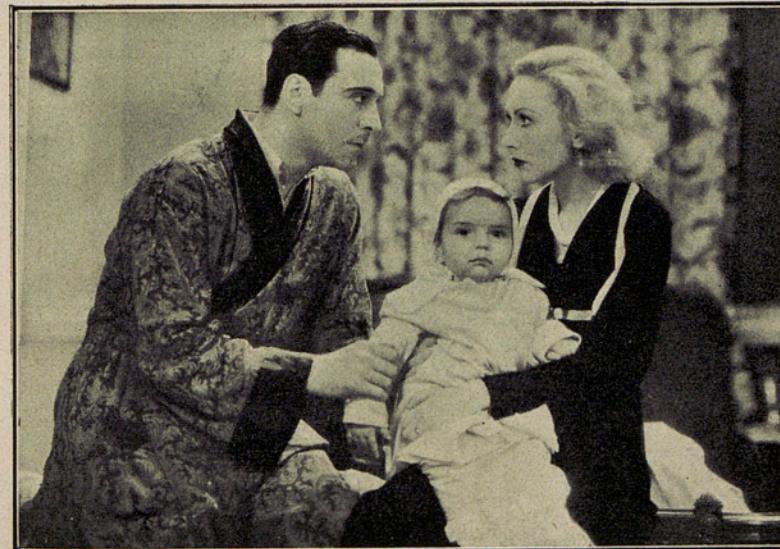
—América me gusta mucho.



—¿Le has enseñado el niño?



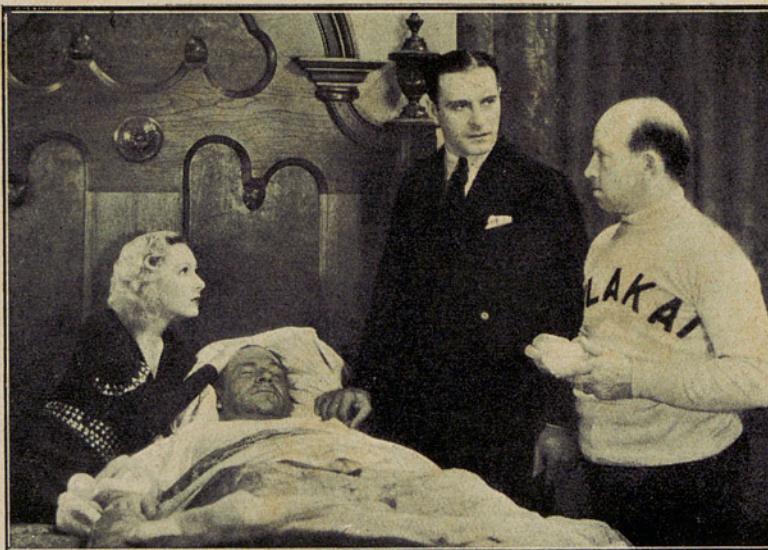
Polakai fué a despertarlo.



—Aquí. A vivir contigo.



—...La culpable soy yo y sólo yo.



—¡Fuera de aquí todo el mundo!

Se marchó Nick.

Polakai quedó pensativo.

—¡Pobre Laura! Debe de estar muy afligida con la marcha de su hermano y la enfermedad de su madre.

Y, robando unos minutos al trabajo, subió a verla.

VI

Laura empezaba a impacientarse. Ya lo tenía todo dispuesto para partir. Nick tardaba demasiado.

De pronto, oyó pasos y cuando esperaba ver aparecer a Nick, se encontró con Polakai.

Su sorpresa aumentó al oír que el luchador le decía:

—Nick me lo ha dicho todo y le he dado el dinero.

—¿Todo?

—Sí.

Laura no salía de su asombro.

—¿Dónde está?

—Se ha marchado. Tiene el tiempo justo para tomar el tren de Hamburgo.

Una desolación infinita, una amargura desgarradora se apoderó del corazón de Laura.

Y, sin poder contenerse, se echó a llorar.

Polakai atribuyó aquella aficción a la enfermedad de la madre.

—Qué lejos estaba de sospechar que no existía tal enfermedad ni tal enferma!

—No te aslijas, querida. Verás como tu madre se pone bien.

—¿También eso te lo ha contado Nick?

—Sí, Laura. Comprendo que tú no te atrevías a pedirme más

dinero, pero has hecho mal, porque ya sabes que todo lo mío es tuyo.

Laura apenas le oía.

Experimentaba la sensación de que el mundo se había hundido para ella.

Polakai, sin atreverse a acercarse demasiado a ella, como si solo con el aliento la pudiera lastimar, suplicó:

—Laura. ¿Por qué no te casas conmigo? Yo te protegeré contra todas las adversidades. Yo te daré la paz y la felicidad.

Laura alzó la cabeza, vaciló un momento, pero por fin dijo:

—Sí, Polakai. La paz y la felicidad son dos cosas que me hacen mucha falta. Me casaré contigo cuando quieras.

* * *

Polakai no había cesado de hacer progresos. Esta noche va a enfrentarse con el campeón de Alemania.

Pero esta noche también está a punto de nacer su hijo y la preocupación resta muchas probabilidades a su victoria.

Sus cuidadores están desesperados al ver que Polakai, por primera vez, se deja dominar por su contrincante.

Uno de ellos hace continuos viajes al teléfono para preguntar por Laura a la clínica.

Y cada vez que regresaba, Polakai, en medio del fragor de la lucha, preguntaba:

—¿Se sabe algo?

—Todo va bien.

—¿Pero ha nacido ya?

—Todavía no, pero está a punto.

Y Polakai seguía luchando y perdiendo.

Por fin, una de las veces, el cuidador regresó de la cabina telefónica con el rostro transfigurado por la alegría.

En aquel momento Polakai estaba a punto de ser vencido.

—¡Un niño, un niño! —gritó el cuidador aferrándose a las sierdas.

—¿Y Laura cómo está?

—Perfectamente.

Entonces Polakai se puso en pie de un salto haciendo rodar por la alfombra a su contrincante que le sujetaba bárbaramente con las rodillas.

Inmediatamente se fué hacia el campeón, lo cogió por la cintura, se lo echó sobre la espalda y lo arrojó contra el suelo, haciéndole dar una vuelta de campana por encima de su cabeza.

El campeón no volvió a levantarse.

Polakai había ganado el campeonato de Alemania.

VII

Lo primero que hizo Polakai fué comprar un paquete a su hijito: un elefante de enormes dimensiones que produjo la hilaridad de las enfermeras de la clínica.

¿Cómo quería Polakai que un recién nacido pudiera jugar con un elefante que abultaba siete u ocho veces lo que él?

Entró de puntillas en la habitación.

Laura, con el rostro blanco como un lirio, descansaba en el lecho al lado de su hijito.

Polakai se arrodilló al lado de la cama.

—¿Cómo te encuentras, Laura?

—Bien—repuso ella con voz desfallecida.

—¿Puedo ver al niño?

Laura bajó un poco el embozo y un niñito que parecía un muñeco apareció a los ojos asombrados de Polakai.

—¡Se parece a mí! —exclamó el luchador ingenuamente. Es una monada.

Estaba dominado por una especie de deslumbramiento.

—¡Qué feliz soy, Laura! ¿No lo eres tú?

—No, Polakai.

—¿Por qué?

—Porque no puedo quitarme de la cabeza a... América.

—Si es esa la causa de tu tristeza no te preocupes. Iremos a América. Esta noche he ganado el campeonato de Alemania. Allí ganaré el del mundo.

Y el semblante de Laura pareció cobrar nueva vida. Decidamente, la hoguera que Nick había encendido en su corazón no se podía apagar.

* * *

El matrimonio Herman fué al muelle a recibir a Polakai y sus amigos y los representantes de varias sociedades deportivas le dieron un banquete.

Polakai correspondió al homenaje con este discurso, desprovisto de toda hipocresía:

—América me gusta mucho, y para demostrarles mi aprecio, procuraré llevarme el campeonato a Alemania. Estoy muy agradecido a ustedes. Todos son muy simpáticos. Si alguno quiere luchar conmigo, lucharé con mucho gusto.

Aplausos y risas acogieron el singular discurso de aquel hombre tan rudo como noblote.

A la mañana siguiente, el señor Herman, que se le había ofrecido como *manager*, lo llevó al más poderoso círculo deportivo de Nueva York.

Su dueño era míster Willard, el emperador, por decirlo así, del deporte de la lucha en los Estados Unidos.

Tenía un magnífico circo deportivo donde indefectiblemente se celebraban los campeonatos mundiales de lucha.

En la sala de entrenamiento había varios ases cuando entró Polakai, repartiendo a derecha e izquierda cordiales saludos.

Poco después llegaba míster Willard a la sala.

Herman le presentó al campeón alemán y, míster Willard, para probarlo, dió a sus entrenadores determinadas órdenes en voz baja.

Cogiéndole desprevenido y con el pretexto de enseñarle las reglas de la lucha en Norteamérica, uno le propinó un tremendo

pisotón, el otro le retorció dolorosamente la nariz y un tercero le dió un rodillazo en el vientre.

Polakai estuvo a punto de perder el conocimiento, pero, reaccionando de pronto, dejó a uno tendido de un puñetazo, el otro cayó víctima de un cabezazo y el tercero fué proyectado como una pluma por encima de las cuerdas.

Desde aquel momento, míster Willard comprendió que el campeón de Alemania era un campeón de veras y se dispuso a sacarle todo el provecho posible.

VIII

Mientras esto ocurría en la catedral de los deportes, Laura oía que llamaban a la puerta de sus habitaciones.

Antes de que tuviera tiempo de contestar, la puerta se abrió y apareció Nick.

Laura se puso en pie convulsivamente.

—¿Tú?

—¿Qué hay de bueno, preciosidad?

—¿A qué vienes?

Nick, sin alterarse, cerró la puerta.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre decirme después de tanto tiempo sin vernos?

—¿Cómo te atreves a esperar nada de una mujer a la que abandonaste miserablemente?

—Te dejé por tu bien, sacrificándome. Y este es el pago que me das.

¿Le podía creer Laura? No. Pero quería creerlo, lo deseaba con toda su alma, porque Nick representaba para ella una obsesión, algo que el tiempo no podía borrar.

—Acaso no era Nick lo que había hecho que Laura predispusiera a Polakai a realizar aquel viaje a América?

Nick debía de suponer cuál era el verdadero estado de ánimo de Laura, porque se mostraba muy seguro de sí mismo.

—¿Qué habría sido de ti, si yo, egoísta, te hubiera hecho venir conmigo? Habrías tenido que luchar desesperadamente como yo. Habrías pasado todas las calamidades que yo he tenido que soportar. En cambio, así, nada te falta. Y en vez de agradecérme lo, me lo echas en cara.

—¡Mientes, mientes! —replicó vivamente Laura—. No lo hiciste por mí. Me abandonaste para ser libre. Te detesto.

—Tú sí que mientes al decir que me detestas —declaró Nick rodeándola con sus brazos.

Y ya iba Laura a darse por vencida, cuando se presentó Polakai.

—Pero ¿qué es de tu vida, hombre? —exclamó el luchador alegramente—. ¿Cómo es que no le has escrito a tu hermana, descastado?

—De eso hablábamos, Polakai. Seguramente se han perdido las cartas, pues no hice más que llegar y escribí.

—¿Y tu madre?

—Está en California.

Después explicó Polakai su éxito durante el primer entrenamiento en presencia de Willard.

—¿Willard? —exclamó Nick—. Es muy amigo mío. Si quieres que yo sea tu *manager*, estoy seguro de que te convertiré en campeón mundial.

Polakai aceptó, por favorecer a su “cuñado” y ya se disponía Nick a marcharse, cuando el campeón dijo a Laura:

—¿Le has enseñado el niño?

Ella se estremeció.

—Como está durmiendo...

—¡Qué cosas tienes! A Nick le gustará mucho ver a su sobrino.

Polakai fué a despertarlo.

Y Laura no tuvo más remedio que mostrarle aquel niño que era la encarnación de la vileza que estaban cometiendo con Polakai.

Fué un momento de emoción indescriptible para la madre.

Nick, en cambio, exclamó sin perder un momento su sangre fría:

—Se parece extraordinariamente a ti, Polakai.

* * *

Al día siguiente, acompañado de su nuevo apoderado, Polakai se presentó en el despacho de Willard.

Al noble luchador se le cayó el alma a los pies al oír que el magnate de los deportes le proponía una serie de combates que no eran tales, sino innobles chanchullos donde de antemano se sabía quién había de ser el vencedor.

—Yo he venido aquí a luchar y no a representar comedias! fué la réplica de Polakai.

—Entonces no llegarás usted a ninguna parte. Se hundirá como se han hundido tantos otros. En cambio, si se deja llevar por mí, dentro de seis meses luchará por el campeonato del mundo.

—Estoy seguro de conquistar el puesto de “challenger” sin prestarme a esas combinaciones. Lo haré todo a fuerza de victorias.

—Como usted quiera, Polakai. Para el miércoles puedo ofrecerle un combate. ¿Lo acepta?

—No deseo otra cosa.

Y el miércoles siguiente Polakai subió al ring y perdió.

Perdió habiendo ganado. Su contrincante estaba a punto de perder el conocimiento cuando el árbitro amonestó a Polakai sin motivo.

Aprovechando este momento en que el campeón alemán estaba distraído, el contrincante se abalanzó sobre él y lo derribó de un cabezazo en el costado.

Polakai se levantó en seguida sin que su espalda hubiera tocado el suelo más que por un lado, ¡y cuál no sería su asombro al ver que el árbitro daba por vencedor a su rival!

Fueron inútiles las protestas de Polakai. Estaba derrotado porque así lo habían dicho los jueces.

—¡Esto es un robo descarado, Nick!—exclamó el luchador.—¿Cómo puedes consentirlo?

—Esto te demostrará—repuso Nick sin alterarse—de que en América no harás nada si no sigues los consejos de Willard.

—¡Pues me volveré a Alemania! ¡Todo antes que prestarme a vuestros viles manejos!

En este momento, el vencedor se presentó en el cuarto de Polakai para saludarle.

—Tienes que aprender mucho todavía—dijo con estúpida jactancia—. Pero con el tiempo...

No pudo acabar.

Polakai le cortó la palabra con un puñetazo tan formidable que el vencedor tuvo que ser retirado de allí en camilla.

IX

No, no se prestaría a aquellos innobles manejos Polakai.

Empezó por romper su compromiso con Nick y decidió volver a Alemania.

Así se lo dijo a Laura.

—Aquí no soy nadie. Allí soy el campeón.

Pero Laura se negó terminantemente.

—¿Volver a Alemania? No será yo la que vuelva. Vuelve solo siquieres.

Polakai no se explicaba aquel áspero desaire.

No se lo explicaba porque ignoraba lo que realmente había entre Laura y Nick y que Laura estaba cada vez más ciega por aquel hombre desde que lo había vuelto a ver en América.

Pero Polakai estaba siempre dispuesto a transigir por aquella mujer a lo que de tal modo adoraba.

—Bueno, me quedaré. ¡En cuanto se me acabe el dinero me emplearé en la cervecería de Herman! ¡Así me ganadé la vida honradamente!

No contestó Laura.

La obsesión de aquel amor la volvía cruel con Polakai. Un silencio agrio envolvió al luchador.

Y Polakai se decía amargamente:

—No me extraña que no me quiera. ¿Cómo puede querer una mujercita tan delicada a un zafio gigantón como yo?

Un día se presentó Laura con su hijito en casa de Nick.

—¿Adónde vas?—le preguntó el seductor.

—Aquí, a vivir contigo. Pase lo que pase, no quiero moverme de tu lado.

—¡Qué locura! Vuelve al lado de Polakai. ¿Te has propuesto perderte y perderme?

—Nada me importa con tal de vivir contigo.

—Lo que has de hacer es convencer a tu marido de que siga dejándose administrar por mí y acepte los planes de Willard. Eso sería la salvación para todos. Si es verdad que me quieras, hazlo por mí.

De pronto se presentó Polakai.

Laura tuvo el tiempo justo para ocultarse.

Polakai estaba desesperado. Refirió a Nick la desaparición de Laura y le suplicó que, si descubría su paradero, la hiciera volver a su lado.

—Le pediré que me perdone si la he ofendido en algo. ¡La amo tanto!...

Y de pronto su amargura se convirtió en amenaza.

—Si alguien me la quitara lo mataría!

Nick se estremeció.

—¿Harás eso por mí?—preguntó Polakai.

—Puedes marcharte tranquilo. Laura no hace nada sin consultármelo a mí. Yo haré que vuelva a tu lado.

Y Polakai se marchó. Estuvo dando vueltas para despejarse. Cuando llegó a casa, allí estaba Laura.

Una inmensa alegría le dominó.

—¿Eres tú? ¡Oh, gracias por haber vuelto!

Laura se echó a llorar. Aun la dominaba la amargura de verse despreciada por Nick, por aquel hombre al que más amaba cuanto más rehuía él su amor.

—¿Por qué lloras? ¿Qué te he hecho para afligirte así?
 —¿Y me lo preguntas? Si me amaras no me llevarías a la miseria. Volverías a ponerte de acuerdo con Nick y seguirías los consejos de Willard para ganar mucho dinero.
 —Es sólo eso, Laura?
 —Te parece poco?
 —Está bien. Puedes decir a Nick que vuelva. Aceptaré los planes de Willard. ¿Estás satisfecha?
 —Sí.
 —¿Me querrás desde hoy un poquito más?
 Polakai suplicaba como un niño. Laura mintió:
 —Siempre te he querido.
 Y le faltó el tiempo para poner en conocimiento de Nick que había conseguido lo que él deseaba.

X

Los éxitos de Polakai se sucedían.
 Todo estaba bien preparado por Willard.
 Polakai ganaba de buena ley y no se cometía con él injusticias.

Pero los contrincantes subían al ring sabiendo que iban a ser vencidos y que en modo alguno podían ganar.

Todo estaba convenido de antemano. Todo era un chanchullo. Y aunque Polakai les derrotaba limpiamente, porque era superior a ellos, le bastaba saber que los vencidos se habían comprometido a no ganar para que aquellos éxitos pesaran sobre su conciencia.

Y bebía, bebía sin tregua.

Era el único modo de olvidar, de alejar de su conciencia aquel peso que la aplastaba.

Al día siguiente debía celebrarse el match entre Polakai y Zybysko, para el campeonato del mundo.

Era él único encuentro que Polakai debía perder, con objeto de preparar una revancha sensacional.

Pero Polakai cobraría una fortuna por subir al ring.

Y Nick se decía que podía estar satisfecho de pelear contra el campeón aunque fuera para perder.

No era Polakai de la misma opinión.

Aquella noche, la víspera de su encuentro, bebía más que nunca, bebía sin tregua.

Y Laura, al verlo en aquel estado de angustia y desesperación, empezó a sentir remordimiento, pues, realmente, ella había empujado a Polakai a aquella situación lamentable.

Sólo un corazón de roca habría podido permanecer impasible ante tanta amargura, y el de Laura era blando y femenino.

Por otra parte, tanto desprecio y tanta maldad por parte de Nick, acabaron por despertar su orgullo por un lado y su repugnancia por otro.

En estas emociones se debatía el corazón de Laura mientras Polakai bebía incesantemente.

Ella se levantó, fué hacia él.

—Polakai, ¿por qué bebes de ese modo? Piensa que mañana has de luchar.

—¿Qué importa? Está convenido que he de perder. ¿Para qué quiero preocuparme?

—¡Oh, Polakai! Soy yo la responsable de todo esto. He labrado tu desdicha. ¡Qué ingrata soy!

—¡Calla, tonta! Así nuestro hijito tendrá una fortuna asegurada y nosotros viviremos mejor.

—¿Es esto vivir mejor? No, Polakai. Tú sufres horriblemente y yo siento que ese sufrimiento me repercute en el corazón. Tú no eres hombre para representar estas farsas. Tu conciencia las rechaza, Polakai.

—Eso es cierto—dijo él, que apenas podía ya sostenerse—. Me parece que soy un ladrón, que estoy robando el dinero que gano. Pero ¿qué importa, si somos ricos?

—No debes avergonzarte, Polakai. La culpable soy yo y sólo yo.

—¿Tú? Tú eres un ángel.

Y la cabeza se le dobló sobre el pecho.

—Polakai, vete a la cama. He de decirte algo muy importante, pero ahora lo que necesitas es descansar. Mañana hablaremos. Y lo ayudó a acostarse.

* * *

Faltaba poco para el comienzo del match y Polakai no había llegado.

Cuando Nick se presentó en el despacho de Willard, éste le preguntó:

—¿Qué le pasa a Polakai?

—Que yo sepa, nada.

—Pues anoche me telefoneó anunciándome que no quería pelear. Me habló de su "conciencia", de que si sus amigos habían apostado por él y él no quería traicionarlos perdiendo, cuando estaba seguro de ganar. No sé cuántas tonterías más me dijo.

—No te preocupes. Voy por él y lo traigo en el acto.

Cuando Nick llegó a casa de Polakai, éste no había vuelto aún en sí. Había bebido tanto la noche anterior, que todos los medicamentos fueron inútiles.

Allí estaban Herman y sus cuidadores, procurando reanimarle. Laura daba evidentes muestras de preocupación.

—¡Fuera de aquí todo el mundo! —ordenó Nick.

Y cuando todos menos Laura se marcharon, el manager cogió a Polakai por los cabellos y la emprendió a tirones, mientras le dirigía toda clase de insultos.

Polakai no despertaba.

—¿Por qué le has dejado beber? ¿Por qué le dejaste que telefoneara anoche a Willard? ¡En menudo lío me habéis metido!

Pero Laura se erguía retadora.

—Le he dejado hacer todo eso, porque tú y yo hemos terminado. Me ha costado ver todo lo que hay en ti de mezquino y miserable, pero al fin he despertado y te detesto. Si Polakai despierta, se lo contaré todo y le diré que gane esta noche.

—¡Tú no harás eso! —exclamó Nick amenazadoramente.

—¡Sí lo haré!

—¡No lo harás, imbécil!

Y, al mismo tiempo que la insultaba, le dió un tremendo bofetón.

—¿Qué ocurrió entonces?

Polakai, como impulsado por una fuerza maravillosa, al oír gritar a Laura, se había ido incorporando.

Y al ver que Nick la abofeteaba, se sentó en el lecho.

—¡Polakai! —exclamó Laura—. ¡Gracias a Dios que has despertado! Voy a contártelo todo. ¿Sabes por qué me ha pegado? Porque iba a decirte que ganaras esta noche. Polakai, sé que de ahora en adelante me despreciarás, pero mi conciencia me impide seguir callando. Este hombre, este canalla, no es mi hermano: es mi amante. Le quise, pero ahora lo detesto. Sólo mirarlo me produce náuseas.

Polakai estaba ya en pie.

Se dirigía hacia Nick paso a paso. Y el seductor, el canalla, temblaba de miedo y pedía perdón.

Polakai lo arrinconó. Sus manos se tendieron hacia el cuello del canalla. Y segundos después, el cuerpo de Nick se desplomaba como un fardo.

* * *

A pesar de las órdenes de Willard y de los manejos que estaban dispuestos a hacer los jueces, Polakai triunfó en toda línea.

El campeonato pasó a sus manos sin discusión de ninguna especie. Fué una victoria tan rotunda, que todos, hasta los partidarios del antiguo campeón, aplaudieron frenéticamente.

Pero apenas bajó Polakai del ring, la policía le detuvo por haber dado muerte a Nick.

* * *

Laura fué a visitarle a la cárcel.

—Te traigo buenas noticias, Polakai. Todo el mundo está de tu parte y el fiscal me ha dicho que puedes estar tranquilo.

—¿Y el niño?

—Está perfectamente. Antes de marcharme, lo traeré para que lo veas.

—¿Marcharte? ¿Por qué?

—Porque comprendo que no soy digna de ti.

—¿Y si yo te pidiera que te quedases?

—Eso me parecería un sueño, Polakai.

—Pues empieza a soñar, porque no consentiré que te separes de mí. Te amo y me has demostrado que eres buena. Si parecía lo contrario, la culpa era de aquel mal hombre que te empujaba al mal camino.

Y Laura derramaba lágrimas de gratitud y de ternura.

Así fué cómo Polakai pudo sentir al fin la felicidad de un amor correspondido, de un amor tan grande como su noble y hermoso corazón.

FIN

Números publicados:

-
- REINA EL AMOR, por Claudette Colbert y Frederich March, etc.
 EL PODER Y LA GLORIA, por Colleen Moore y Spencer Tracy.
 LA VIDA EMPIEZA, por Loretta Young, Tommy Brown, etc.
 SU ULTIMA PELEA, por Douglas Fairbanks, Jr. Loretta Young, etc.
 JUSTICIA DIVINA, por Charles Laughton, Maureen O'Sullivan, etc.
 TIERRA DE PASIÓN, por Clark Gable, Jean Harlow, etc.
 CONGO, por Lupe Vélez, Conrad Nagel, etc.
 NOCHE TRAS NOCHE, por George Raft, C. Cummings, etc.
 ENTRE LA ESPADA Y LA PARED, por Tallulah Bankhead, Gary Cooper, Charles Laughton, etc.
 EL ÁGUILA Y EL HALCÓN, por FREDRIC MARCH, etc.
 ESCÁNDALO EN BUDAPEST, por Franziska Gaal y Paul Horbiger.
 PIMIENTA Y MÁS PIMIENTA, por Lupe Vélez, Edmund Lowe, etc.
 YO SOY SUSANA, por Lilian Harvey y Gene Raymod, etc.
 EL ASESINO DIABÓLICO, por Lionel Atwill, C. Ruggles, etc.
 EL DIABLO SE DIVIERTE, por Loretta Young y Victor Jory, etc.
 LA NOCHE DEL PECADO, por E. Vilches, Medea de Novara, etc.
 PEGGY DE MI CORAZÓN, por Marion Davies, Oslow Stevens, etc.
 ANA, LA DEL REMOLCADOR, por Wallace Beery, M. Dresler, etc.
 LA ULTIMA NOVELA, por Carlota Susa, Felix Bressart, etc.
 LA MUJER QUE HE CREADO, por Robert Montgomery, etc.
 LUISIANA, por Jean Parker, Robert Young etc.
-

Sea usted lector y recomiende las selectas e inimitables Ediciones Especiales BISTAGNE

Ultimos éxitos publicados:

PESCADA EN LA CALLE

por Sylvia Sidney, George Raft, etc.

UNA NOCHE EN EL CAIRO

por Ramón Novarro, Myrna Loy, etc.

ROSA DE MEDIANOCHE

por Loretta Young, Ricardo Cortez, Franchot Tone, etc.

EL REY DE LA PLATA

por Edward G. Robinson, Bebé Daniels, etc.

SOBRE EL CIENO

por Florencia Belsy, Carlos Llamazares, etc.

Las sorpresas del coche-cama

por Florelle Claude, Dauphin, etc.

SOL EN LA NIEVE

por Ana Tur, Angeles Cantero, etc.

MADRES DE BASTIDORES

por Alice Brady, Maureen O'Sullivan, etc.

PARECE QUE FUÉ AYER

por Margaret Sullavan, John Boles, etc.

La portera de la Fábrica

por Germaine Dermoz, Jacques Grétillat, etc.

Ediciones BISTAGNE publica siempre lo mejor entre lo mejor

;No se deje sorprender!

Exija siempre

Ediciones Bistagne
Pasaje de la Paz, 10 bis..Barcelona

Remitimos catálogos ilustrados, gratis y sin compromiso, a quien nos los solicite.



Sin obtener el visto bueno del lado de la sombra
carraspeas, 1800 en publicaciones
periodísticas, pueden salir a la
venta.

E.B.

Precio: 50 céntimos